

gular que con el tiempo sea de los nuestros , pero no es todavía sino un neofito , un prosélito , que busca la amistad de los grandes maestros , como los que desean aprender la esgrima frecuentan las escuelas para saber como debe manejarse el florete.

— Si son esas sus calidades , Miguel , vente conmigo á otro cuarto , porque necesito hablarte en secreto. Y vm. , señor mio , tenga la bondad de quedarse aquí sin moverse , pues en esta casa se hallan personas que se asustarian viendo á un extranjero.

Manifestó Tresilian , inclinando la cabeza , que consentía en ello ; y los dos dignos camaradas salieron de la sala , en que los aguardó hasta su vuelta.



CAPITULO IV.

Es imposible servir
 Dos amos al mismo tiempo ;
 Sin embargo este compadre
 Está empeñado en hacerlo :
 Al diablo quiere ser grato
 Cuando á Dios está sirviendo.
 Cuando piensa ejecutar
 Un crimen enorme , horrendo ,
 Para conseguir sus fines ,
 Se prepara con el rezo ;
 Y cuando está dado el golpe ,
 Da humildes gracias al Cielo.

Antigua Comedia.

LA sala adonde condujo Foster á su digno amigo era mas grande que aquella en que habian estado ántes ; y las señales de la dilapidacion estaban en ella aun mas patentes. Estaba rodeada toda de estantes de biblioteca , en que habian solido estar colocadas con orden muchas colecciones de libros. Habia todavía no pocos cubiertos de polvo , desencuadrados estos , deshojados aquellos , y puestos sin orden todos , como objetos indignos de atencion , y entregados á la discrecion del que

quería cogerlos. Aun los estantes mismos habian sin duda atraído el enojo de los bárbaros que habian destruido la mayor parte de los volúmenes que contenian en otro tiempo, pues estaban desclavados y deshechos, y no habia otras cortinas que las telarañas.

— Los autores que se quebraron la cabeza para escribir estas obras, dijo Lambourne echando una mirada por todas partes, no sospechaban sin duda que llegarían á caer en tales manos con el tiempo.

— Ni á que uso servirían, añadió Foster. Mi cocinera no se sirve de otro estropajo para limpiar los candeleros, ni para encender el fuego encuentra cosa alguna mas á propósito que esos tristes libros.

— Y sin embargo, replicó Lambourne, he visto muchas ciudades en donde los hubieran estimado demasiado para destinarlos á un uso semejante.

— ¡Bah! ¡bah! respondió Foster, desde el primero hasta el último no contienen sino disparates y tonterías de los papistas. Era la biblioteca de aquel viejo chocho, abad de Abingdon. La veintésima parte de un sermón predicado por un ministro de la verdadera doctrina vale mas que una carretada de las necedades que han añadido á la religion los católicos romanos.

— ¡Par diez! dijo Lambourne, ¡y que bien te esplicas, Tony Botafuego!

— Escucha, Miguel amigo, dijo Foster lanzandole una mirada de enojo, echa en olvido ese sobrenombre y la ocasion que le motivó, si no quieres que nuestra antigua amistad, que acaba de renacer, muera de repente.

— ¿Como es eso? he visto un tiempo en que hacias alarde de haber contribuido al chichorro de aquel par de obispos hereges.

— Eso era cuando estaba yo cargado con los lazos de la iniquidad, y sumergido en un mar de amargura; pero he cambiado de opinion desde que he sido llamado á entrar en la casa del Señor. El digno Melchisedech Maultext ha comparado mi desgracia en ese asunto con la del apóstol San Pablo, que guardaba los vestidos de los que apedreaban á San Estevan. Ha predicado sobre este tema tres domingos consecutivos, ha citado el ejemplo de uno de los oyentes, y ese oyente no era otro que el hijo de mi madre.

— Ya, ya, Foster, tus palabras me pasan el corazon de parte á parte, y esto me sucede siempre, yo no sé por que, cuando oigo al diablo citar textos de la Biblia. Pero ¿como has podido renunciar á tu antigua religion con la misma facilidad con que se desecha un guante, siendo así que te confesabas todos

los meses? Verdad es que al salir del confesionario no dejabas de estar menos dispuesto á hacer cualquiera picardía que se ofreciese; como sucede con un muchacho á quien el vestido nuevo del domingo no impide echarse por el suelo y llenarse de barro. ¿No te acuerdas nada la conciencia?

— No te dé cuidado alguno mi conciencia. Tú no entiendes nada de eso, ni siquiera sabes que color tiene. Pero entremos en materia, y dime sin rodeos á que has venido aquí, y que es lo que te se ofrece. ¿Con que mira me haces esta visita?

— Con la mira de hallarme mejor ciertamente, como decia una vieja al arrojarse desde encima de la puente de Kingston. Mira esta bolsa, es todo lo que me queda de una suma que hubiera podido satisfacer al mas codicioso. Te encuentro aquí bien establecido segun parece, y bien protegido segun pienso, pues dicen que te favorece especialmente un señor muy poderoso. Sí, todo el mundo lo sabe, y harto ciego seria el que no viese por tela de cedazo. Y como yo sé muy bien que una proteccion semejante no se da *gratis et honore*, es seguro que te cuesta algunos servicios, y vengo á ofrecerte el ayudarte á venderlos.

— Pero yo no necesito de tu ayuda, Mi-

guel, y me parece que tu modestia debe persuadirtelo así.

— Es decir que quieres encargarte de todo el trabajo, para no tener que dar parte á otro del salario. Pero cuidado con querer ser demasiado codicioso: la codicia rompe el saco. ¿Que es lo que hace un cazador cuando quiere matar un ciervo? se vale de un perro para descubrir el animal salvaje, y de otro para darle el alcance. Tu patron debe necesitar dos personas, y yo puedo serle muy útil. Tú eres naturalmente sagaz, sabes hacer tu negocio, y tu carácter está dotado de una malicia firme é inagotable, que no puedo gloriarme de poseer. Pero tengo yo mas audacia y mas viveza; soy mas pronto para ejecutar, y mas fértil en expedientes. Separados el uno del otro, faltará alguna cosa á cada uno de los dos; pero reunidos, nada podrá resistirsenos. ¿Que tal? ¿que te parece? ¿te conviene reunirnos y formar una sociedad?

— Esa proposición es muy estraña, Miguel, es venir á mi casa de buenas á primeras, y morderme como un perro las pantorrillas.

— Acepta mi oferta, y no te arrepentirás; pero al fin haz lo que quieras, piensa solamente que yo te ayudaré en tus empresas, ó que te cortaré el reversino. Es preciso que yo

me ocupe en algo, bien sea contra tí, ó bien en favor tuyo.

— Pues bien, ya que eres tan bondadoso que lo dejas á mi eleccion, mas quiero ser tu amigo que tu enemigo. No te has equivocado; puedo proporcionarte un patron bastante poderoso para servirnos á los dos y á otros ciento; y si va á decir verdad, tienes tú cuanto se necesita para poder serle útil. Exige su servicio atrevimiento y sagacidad, y tú has dado pruebas de sagaz y atrevido: no hay necesidad de escrúpulos, y tú jamas has tenido lo que llaman conciencia. La desfachatez es cosa necesaria para seguir á un cortesano, y tú tienes, como dicen, cara de baqueta. En una sola cosa quisiera que pudieses variar.

— ¿En que, mi amigo Tony? dilo, porque te juro por la almohada de los Siete Durmientes, que te daré completa satisfaccion.

— He ahí efectivamente una buena prueba. Tú hablas muy á lo antiguo, todos esos juramentos huelen á papismo. Por otra parte, tienes toda la facha de un calavera, que no conviene para ir entre la comitiva de un señor que tiene que deslumbrar el mundo y conservar su reputacion. Es preciso un tono mas grave y mas circunspecto, vestidos menos brillantes, un cuello sin pliegues y almidonado, un sombrero mas grandé, y pantalo-

nes mas estrechos: es preciso ir á la iglesia una vez cada mes por lo menos, protestar únicamente por tu fé y por tu conciencia, dejar ese aire maton, y no echar mano á la espada sino cuando fuere necesario desenvainarla.

— Por el sol que nos alumbra, Tony, ¡que te has vuelto loco! Acabas de pintar ahí el retrato del criado de una vieja puritana mas bien que el de un guapo al servicio de un cortesano ambicioso. Un hombre, tal como quisieras que yo fuese, debería llevar una Biblia en vez de un puñal, y no mostrar nada de varon sino lo necesario para acompañar á alguna orgullosa señora de la ciudad al sermon, y defenderla de todo tenderillo que quisiera disputarle la acera. No es asi como debe presentarse el que va á la corte en la comitiva de un gran señor.

— Pero has de saber que desde que dejaste la Inglaterra, ha cambiado todo de arriba abajo, y que los que caminan secretamente á sus fines con grande arrojo sin que nada pueda detenerlos, se abstienen en la conversacion de toda amenaza, de todo juramento, ó palabra atrevida.

— Es decir que hacen pacto con el diablo, á condicion de no tomarle en boca: sea enhorabuena, me mostraré muy otro de lo que

soy, para poder entrar en un mundo que, segun dices, se ha hecho tan quisquilloso. Pero dime, Tony, ¿como se llama el señor en cuyo servicio debo hacerme hipócrita?

— ¡Ah, ah! Miguel, dijo Foster con una sonrisa irónica, ¿piensas conocer asi mis negocios? ¿que sabes tú si hay tal hombre en el mundo, y he querido reirme un poco á tus espensas?

— ¡Reirte á mis espensas, pobre tonto! ¡casquivano! dijo Lambourne sin intimidarse. Sabe pues que, por mas encubierto que pienses estar en el fango en que te has enterrado, solo necesito veinte y cuatro horas para ver todos tus asuntos con tanta claridad como á través del cuerno de una linterna de caballeriza.

Un grito agudo interrumpió, al llegar aquí, la conversacion.

— ¡Por la cruz santa de Abingdon, dijo Foster olvidando su protestantismo con el susto, soy un hombre perdido, arruinado!

Al decir esto, corrió al cuarto de donde habia salido el grito, y Lambourne le siguió. Pero para esplicar la causa de esta interrupcion, es necesario que volvamos al instante en que Foster habia conducido á Lambourne á la biblioteca.

Tresilian, quedando solo, los miró partir echandoles una mirada de desprecio, y en cara á sí mismo el haberse degradado hasta el punto de hallarse en semejante compañía. ¡Tales son, Amy, decia entre sí mismo, los compañeros que tu injusticia, tu ligereza, tu crueldad irreflexiva me han obligado á buscar, á mí en quien fundaban mis amigos tantas esperanzas, á mí que me desprecio hoy tanto como seré despreciado por los demas, por la bajeza á que me someto por tu amor! Pero jamas dejaré de perseguirte á tí, ¡objeto en otro tiempo de la mas pura y de la mas tierna pasion! Y aunque no puedas ya ser para mí mas que un motivo de lágrimas y pesares, ¡te arrancaré de entre los brazos del autor de tu ruina! ¡te salvaré de tí misma, te restituiré á tus padres, á tu Dios! ¡Ya no veré yo ese hermoso astro brillar en la esfera de que ha descendido! pero.... Un ruido que oyó en el cuarto interrumpió su sueño. Volvió la cabeza, y en la muger hermosa y ricamente vestida que se presentó á su vista y que entró por una puerta lateral, reconoció á la que buscaba. Su primera accion, al descubrirla, fué ocultar su semblante como pudo, hasta encontrar un momento favorable de darse á conocer; pero la jóven señora (pues no tenia más que diez y ocho años) desconcertó este proyecto. Cor-

riendo á él toda cubierta de júbilo, le tiró de la casaca, y le dijo alegre:

— Después de hacerme esperar tanto tiempo, mi dulce amigo, ¿te vienes aquí como á un baile de máscara? Te hallas acusado de traicion en el tribunal del amor, y es preciso presentarte á él, y responder á los cargos con la cara descubierta. ¿Que dices? veamos, ¿eres inocente ó culpable?

— ¡Ay, Amy!.... dijo Tresilian con voz baja y melancólica, dejándose descubrir el rostro.

El sonido de su voz y su presencia inesperada diéron al traste con la alegría de la dama. Se retiró, se quedó blanca como el papel, y se cubrió la cara con sus manos. Tresilian no pudo hablar con la sorpresa; pero acordándose de que era necesario aprovecharse de aquella ocasion que podria ser la última, la dijo: — Amy, nada hay que temer.

— ¿Y por que habia de temer á vm.? respondió ella descubriendo su rostro todo encendido: ¿por que habia de temer á vm.? señor Tresilian, ¿y por que se presenta vm. en mi casa sin ser llamado ni deseado?

— ¡En su casa de vm., Amy! respondió Tresilian: ¿una prision es la habitacion de vm.! ¿una prision guardada por el mas infame de los hombres, si se esceptúa el que le emplea!

— Estoy en mi casa, repitió Amy; esta casa es mia mientras quiera habitarla. Si me agrada vivir en el retiro, ¿quien puede impedirmelo?

— ¡Su padre de vm., señorita, su padre de vm., que me ha encargado buscarla por todas partes, revistiendome de una autoridad que no puede ejercer personalmente! Lea vm. esta carta, que ha escrito bendiciendo la enfermedad que le hacia olvidar un momento las angustias de su corazon.

— ¡La enfermedad!.... ¿Está enfermo mi padre?

— Está tan enfermo, que la presencia de vm., por mas prisa que emplee en ir á verle, apenas bastará á volverle la salud. Un instante basta para preparar el viage, si quiere vm. seguirme.

— Tresilian, ni puedo, ni debo, ni me atrevo á salir de aquí. Vuelvase vm. para decir á mi padre que obtendré licencia de verle ántes de doce horas. Digale vm. que tengo salud, que soy dichosa, que lo seré por lo menos cuando sepa que él lo es. Digale vm. que no dude de mi llegada, y de un modo capaz de hacerle olvidar el pesar que le he causado. La pobre Amy se encuentra en el dia en un rango mas elevado que el que se atreve á decir. Vaya vm., Tresilian, he sido

injusta con vm.; pero creame, que tengo bastante poder para indemnizarlo de la herida que le he hecho: hele negado un corazon que no era digno del suyo, y puedo compensarle esta pérdida con honores y destinos.

— ¿Habla vm. conmigo, Amy? ¿me ofrece vm. los juguetes de una ambicion frívola, en vez de la paz y la tranquilidad de que me ha privado? Sea enbuenhora: no vengo á hacer á vm. reconvenções, vengo á servir y á librar á vm. No puede vm. negarme que se halla presa aquí, sin lo cual su buen corazon (era bueno ese corazon en otro tiempo) desearia ya estar cerca de la cama de su padre. Venga vm., pobre muchacha, infeliz, engañada; venga vm., todo se olvidará y se perdonará. No tema que yo la importune por mi parte: he soñado, y me hallo despierto. Pero acelere se vm., su padre vive todavía; venga vm., una palabra cariñosa, una lágrima de arrepentimiento bastará para borrar la memoria de cuanto ha pasado.

— ¿No le he dicho á vm. ya, Tresilian, que iré á ver á mi padre sin mas dilacion que la necesaria para cumplir otros deseos mas sagrados? Vaya vm. á darle esta noticia. Iré sin falta á ver á mi padre, se lo aseguro á vm., al momento que haya conseguido la licencia.

— ¿La licencia! repitió impaciente Tresilian:

lian: ¿la licencia de ir á ver á su padre, enfermo y quizá moribundo! ¿Y á quien pedirá vm. esa licencia? ¿Al miserable que con la máscara de la amistad ha abusado de todos los derechos de la hospitalidad, y ha privado á un padre tierno de su hija?

— No hable vm. de él en ese tono, Tresilian: el que trata vm. de esa manera tiene un sable tan bien afilado como el de vm. por lo menos. ¿Hombre orgulloso! las acciones mas gloriosas que tú has hecho en tiempo de paz ó de guerra no son dignas de citarse al lado de las tuyas, y el rango que tú ocupas en el mundo es oscuro en comparacion del suyo. Dejame, vuelve con el recado á mi padre, y cuando quiera enviar á alguno, que escoja otra persona que me sea mas agradable.

— Amy, respondió Tresilian, las reconvenções de vm. no pueden hacer en mí grande impresion. Digame vm. alguna otra cosa que pueda servir de consuelo á mi antiguo amigo. ¿El rango del que vm. elogia tanto, tiene vm. acaso parte en él? ¿tiene el título y los privilegios de esposo, para decidir de la conducta de vm.?

— Detengase vm., dijo ella, eso es tomarse una licencia que no puedo tolerar. No quiero responder á las preguntas que ultrajan mi honor.

— Con no responder, Amy, me dice vm. lo suficiente: es elocuente ese silencio; pero escucheme vm., ¡desventurada! vengo revestido de toda la autoridad de su padre para hacerme obedecer, y la libraré de la esclavitud, de la deshonra y del pecado, á pesar de vm. misma, si es preciso.

— No me amenace vm. de ese modo, dijo la dama dando algunos pasos atras y asustada. No me amenace vm., Tresilian, pues sabré resistir á la fuerza.

— Pero creo que no quiere vm. recurrir á ese medio para defender tan mala causa. Es imposible, Amy, que consienta vm. libre y espontáneamente en vivir esclava y sin honra. O está vm. dominada por algun talisman, ó es vm. el juguete de artificios pérfidos, ó se imagina vm. comprometida con algun voto forzado; pero sea lo que fuere, ordeno á vm. á nombre de su padre inconsolable, moribundo, seguirme al momento.

Al decir esto se adelantó ácia ella estendiendo el brazo para asirla, y entónces fué cuando asustada gritó de modo que acudieron al punto Lambourne y Foster.

— ¿Que demonios es esto? dijo el último, ¿que es lo que sucede? y dirigiendose á Amy con un tono que ni bien era orden ni bien súplica: Señora, la dijo, ¿como se encuentra

vm. fuera de los límites? Retírese vm., pues le interesa la vida. Y vm., amigo, sea quien fuere, salga al punto de esta casa. Despachese vm. pronto, si no quiere que con este puñal le eche las tripas á tierra. Desenvaina, Miguel, desembarazanos de ese miserable.

— No, dijo Lambourne, no, ¡por vida de Cristo! ha venido aquí conmigo, y segun mis principios nada tiene que temer de mí, por lo menos hasta que volvamos á encontrarnos de nuevo. — Pero escucheme vm., mi compañero de Cornouailles; larguese vm., desparezca, y pronto; pues de lo contrario...

— ¡Calle vm., miserable! dijo Tresilian; á dios, señora: la poca vida que le queda á vuestro padre no podrá resistir á la noticia que voy á darle.

Al decir esto se retiró, miéntras Amy le dijo en voz baja: — Tresilian, sea vm. prudente, y cuidado con calumniarme.

— ¡Esa tenemos todavía! dijo Foster. Milady, retírese vm. á su cuarto, hagame vm. ese favor; dejémos vm. pensar en lo que debe hacerse. Vamos, retírese vm.

— No estoy á las órdenes de vm., respondió ella.

— Es verdad, milady; pero es preciso sin embargo.... perdone vm. mi arrojio, milady; pero de todas maneras no es este el

momento de andarse en ceremonias , y es necesario que vm. se resigne á volver á su cuarto. Miguel, si tú deseas..... ya me entiendes..... Sigue á ese pícaro desvergonzado , y enviale bien léjos de aquí, miéntras hago yo comprender á esta dama la razon. Vamos, sable en mano, y no hay que perderle de vista.

— Le seguiré, dijo Lambourne, y le haré salir de nuestras fronteras ; pero poner yo la mano sobre un hombre que ha brindado conmigo esta mañana, eso no ; seria obrar contra mi conciencia. Y salió de la sala al decir esto.

Al mismo tiempo Tresilian, saliendo de la casa, se dirigió ácia la puerta por donde habia entrado ; pero el estado inculto y salvaje de la huerta y el parque, las reflexiones que le distraian, y la prisa que se daba en alejarse, le hicieron estraviarse ; y en vez de seguir el camino que conducia al pueblo, despues de haber recorrido otro bien diferente, llegó á una puerta por donde se salia al campo.

Se detuvo un momento. Importabale poco salir por un lado ó por otro al dejar una mansion que solo le ofrecia amargos recuerdos ; pero era de presumir que estuviese cerrada la puerta, y que no pudiese salir por aquel lado.

— Veamos sin embargo, dijo entre sí. El único medio de salvar esta infeliz criatura,

tan hechicera siempre, es que llame su padre en su socorro las leyes ultrajadas de su pais. Es preciso que yo le lleve sin dilacion una noticia que va á despedazarle las entrañas.

Hablando asi consigo mismo, se acercó á la puerta, y miéntras veia si podia abrirla ó pasar por otra parte, oyó el ruido que hacian desde fuera al meter una llave en la cerraja. Abrióonla en efecto, y un caballero, embozado en su capa, se detuvo cerca del que procuraba salir. Los dos gritáron al mismo tiempo con resentimiento y sorpresa, el uno : ¡ Varney ! el otro : ¡ Tresilian !

— ¿ Que hace vm. aquí ? preguntó el recién venido á Tresilian ; ¿ que hace vm. aquí donde ni le esperan ni le desean ?

— ¿ Y que hace vm., Varney, respondió Tresilian ? ¿ Viene vm. aquí á triunfar de la inocencia que ha sacrificado, como el buitre ó el cuervo que se engordan con la carne del cordero á quien han sacado los ojos, ó á recibir de la mano de un hombre de bien el castigo que merece ? Defiendase vm., malvado, defiendase vm.

Tresilian, al decir esto, desenvainó su sable, y Varney se contentó con echar mano al suyo.

— Te engañas, Tresilian, le dijo : las apariencias me condenan ; pero te juro, por

cuanto hay de mas sagrado en el mundo, que Amy Robsart nada tiene que echarme en cara. Sentiria levantar la mano contra tí en estas circunstancias, y sabes bien que sé manejar el sable.

— Ahora lo veredes, dijo Agrages. Te has solido jactar de eso, Varney, dijo Tresilian, pero deseo otras pruebas.

— Tendrás cuantas quieras, respondió Varney, si te empeñas en ello; y desenvainando al punto el sable con la mano derecha, envolvió la izquierda con su capa, y atacó á Tresilian con un vigor que parecía darle desde luego la ventaja; pero no la conservó por largo tiempo. A un gran deseo de venganza reunia Tresilian un brazo acostumbrado á manejar con destreza las armas, y á ejecutar todas las maniobras de la esgrima. Y Varney, encontrandose apurado, resolvió aprovecharse de su fuerza superior para atacar á su enemigo cuerpo á cuerpo. Con este objeto se arriesgó á recibir un sablazo de Tresilian en su capa, y ántes que pudiese este retirar su arma, se precipitó sobre él, y se preparaba á atravesarle de parte á parte. Pero su adversario se previno sacando con la otra mano su puñal, y detuvo con esta arma el golpe que hubiera dado fin al combate. Desplegó tanta destreza en la lucha que sobre-

vino, que Gil Gosling, si hubiese sido testigo del combate, se hubiera afirmado en su opinion de que era natural de Cornouailles, pues los habitantes de este condado son tan diestros en este ejercicio, que si los juegos de la antigüedad renaciesen, podrian desafiar en ellos al resto de la Europa. Varney en medio de su tentativa temeraria fué abatido de un modo tan violento y repentino, que su sable cayó á alguna distancia, y ántes que pudiese levantarse, la punta del de su antagonista amenazaba su garganta.

— Dame al instante el medio de salvar la víctima de tu traicion, dijo Tresilian, ó despidete del sol que nos alumbra.

Varney, harto confuso y resentido para responderle, hizo nuevos esfuerzos para levantarse; y su enemigo, amagando con el sable, iba á acabar con él, cuando le detuvieron por detras el brazo. Volvió la cara, y vió á Miguel Lambourne que habiendo oido el ruido de las armas, llegó muy á propósito para salvar la vida á Varney.

— Vamos, vamos, camarada, dijo Lambourne, basta por ahora, si no es demasiado. Vamonos, que nos vienen siguiendo.

— ¡Retirate, miserable! dijo Tresilian: ¿te atreves á ponerte entre nosotros?

— ¡Miserable! repitió Lambourne; ya lo veremos mas despacio, señor valenton, cuando haya bebido un cuartillo de vino de Canarias. Entretanto quitemonos de cuentos; vayase vm. y larguese con viento fresco. Somos dos contra uno en este momento.

Y decia la verdad, porque Varney acudió entretanto á recoger su sable, y Tresilian vió que seria una locura, una temeridad querer sostener un combate tan desigual. Sacando dos nobles de oro de su bolsa, los arrojó á Lambourne.

— Toma, tunante, ahí tienes el salario de esta mañana. No ha de decirse que me has servido de guia sin que te haya pagado. A dios, Varney, nos volveremos á ver en algun sitio donde nadie podrá librarte de mi venganza. Al decir esto, salió del parque por la puerta que habia quedado abierta.

Varney estuvo léjos de impedir la retirada de su enemigo, y tal vez no tenia bastante fuerza para oponerse á ella, pues habia quedado como aturdido. Sin embargo, arqueando las cejas cuando le vió partir, se volvió ácia Lambourne.

— Amigo mio, le dijo, ¿eres compañero de Foster?

— Somos uña y carne.

— Toma este dinero, y sigue las huellas

de ese zorro astuto, hasta ver en donde va á esconderse; ven luego á darme aquí el aviso, y silencio sobre todo y discrecion, si quieres conservar tu vida.

— Basta, basta: vm. verá que no ha escogido un mal sabueso, y le daré buen despacho.

— No pierdas tiempo, dijo Varney, y volviendo la espalda á Miguel, se dirigió ácia la casa. Lambourne solo se detuvo un instante para recoger las dos monedas de oro que Tresilian le habia dejado tan sin ceremonia, y metiendolas en la bolsa con la que le habia dado Varney, dijo entre sí mismo:

— Hablaba yo ayer á estos mentecatos del Eldorado; ¡por vida de San Antonio! no existe para un hombre como yo Eldorado que pueda compararse con la vieja Inglaterra. Aquí llueven monedas de oro por vida mia, y se encuentran sembradas en el suelo como gotas de rocío. Si no logro yo una buena parte de este rocío precioso, ¡que se deshaga la hoja de mi sable como un caramelo!